

# Domingo XXII Tiempo Ordinario

Eclesiástico 3, 17-18. 20. 28-29 Hebreos 12, 18-19. 22-24a Lucas 14, 1. 7-14

*“El que se enaltece será humillado  
y el que se humilla será enaltecido”*

*29 Agosto 2010 P. Carlos Padilla Esteban*

**“HAZTE PEQUEÑO EN LAS GRANDEZAS HUMANAS, Y ALCANZARÁS EL FAVOR DE DIOS”**

Se acaba el verano, aunque todavía no comienzan los colegios y todavía falta tiempo para regresar a la vida cotidiana de cada curso. La vida va muy rápido y el verano pasa casi sin que nos demos cuenta. El tiempo en vacaciones vuela, ¿por qué será que los días de descanso son algo más cortos? Muchos habrán soñado con unas vacaciones ideales y, tal vez, las han vivido o tal vez no. Todos queríamos unos días para cambiar de aires, de calores, de rutinas, de ritmo, un tiempo para cambiar de actividad. Al fin y al cabo las vacaciones son sólo eso, unos días para cortar con los hábitos del año y tomar aire. Pero pasan muy rápido y casi sentimos que no estamos preparados para volver a la vida de cada curso. Se habla mucho del estrés postvacacional, como si fuera una enfermedad obligada al volver a la rutina habitual. Sin embargo, a nosotros que vivimos en Cristo, no puede invadirnos el desánimo al regresar a casa; muy al contrario, la pregunta que debemos hacernos es la siguiente: *¿Hemos aprovechado bien las vacaciones para comenzar este nuevo curso renovados y con el corazón dispuesto a darlo todo? ¿Han sido días para descansar como familia, para crecer en la oración y encontrarnos más profundamente con el Dios de nuestra historia?* Puede que regresemos todavía algo cansados; puede que nuestras expectativas no se hayan visto cumplidas. No importa, el curso llega y no pide permiso para comenzar de nuevo. Por eso, cuando ya los motores están calentando y todo parece abocado a su inicio, miramos los ojos de María y ponemos todo en sus manos. Decía **S. Maximiliano Kolbe**: *“La voluntad de María es la voluntad del mismo Dios. Nosotros, por tanto, consagrándonos a Ella, somos también, como Ella, en las manos de Dios, instrumentos de su Divina Misericordia. Dejémonos guiar por María; dejémonos llevar por Ella y estemos, bajo su dirección, tranquilos y seguros; Ella se ocupará de todo y proveerá en todas nuestras necesidades, tanto del alma como del cuerpo. Ella misma removerá nuestras dificultades y angustias”*. Con este espíritu volvemos de vacaciones. Con el corazón lleno y alegre, dispuesto a comenzar un nuevo curso. **Sin miedos, con el alma en paz y una sonrisa abierta al mundo. Y, lo más importante, dejando nuestra vida en manos de María, porque Ella es quien nos enseña a caminar.**

**Y, nada más volver a nuestra realidad cotidiana, escuchamos:** *“Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso. Hazte pequeño en las grandeszas humanas, y alcanzarás el favor de Dios; porque es grande la misericordia de Dios, y revela sus secretos a los humildes. No corras a curar la herida del cínico, pues no tiene cura, es brote de mala planta. El sabio aprecia las sentencias de los sabios, el oído atento a la sabiduría se alegrará”*.

Eclesiástico 3, 17-18. 20. 28-29. Es el primer mensaje para este curso: **hacernos pequeños y ser más humildes**. Es todo lo contrario de lo que el mundo propone y nosotros deseamos. Más aún después de haber vivido tantos éxitos deportivos, que nos hacen creernos mejores que los demás. Queremos ser los primeros, los campeones, los invencibles, los número uno. No nos gustan los segundos puestos ni las derrotas. Por el contrario, el

corazón anhela los primeros puestos y los honores. Es como si dependiéramos de ellos para ser enteramente felices. Sin embargo, la pequeñez, la pobreza, el desprecio, la humillación o la humildad, son palabras que nos producen un cierto rechazo interior y nos tristecen. Nos produce desazón pensar en la humillación. El desprecio nos intranquiliza. Creemos que valemos más cuantos más méritos mostremos, cuantas más estrellas exhibamos en nuestro pecho. Aunque sabemos bien que el camino que Cristo nos propone es un camino diferente. Este camino que hoy se nos plantea nos sigue sorprendiendo una y otra vez, porque no nos acabamos de acostumbrar a él. El camino de la cruz, el camino de Cristo, pasa por la humildad y la humillación, por la pobreza y la pequeñez, por el desprecio y el abandono. Por eso nos cuesta tanto entender a Dios y sus planes, aceptar sus propuestas y seguir sus huellas. Se trata de una actitud humilde que tenemos que anhelar para nuestra vida, aunque muchas veces nos provoque rechazo. Pasar a desear lo que habitualmente rehuimos o es obra de un milagro de Dios en nuestras vidas o es absolutamente imposible. Pasar a vivir la actitud del que busca aprender porque no se siente maestro de nadie, es un salto de la gracia. La humildad es un camino que Dios nos muestra para toda la vida, con su ayuda y en sus huellas. Es **el punto de inicio de nuestra verdadera conversión. Vamos a recorrer hoy ese camino.**

**LA HUMILDAD ES EL COMIENZO DE NUESTRA VERDADERA CONVERSIÓN.** **Hace un tiempo** leí una frase de un entrenador de fútbol muy conocido: *"No voy a cambiar: diré lo que pienso y pensaré lo que digo"*. Pensaba que no es malo decir lo que uno piensa y menos aún pensar lo que uno dice. Es una postura sabia ante la vida. El problema, sin embargo, es la actitud de no querer cambiar como punto de partida. Muchas veces nos situamos en esa misma posición para hacer frente a los ataques que recibimos de los demás. Nos parapetamos en nuestra torre firme y segura, creyendo que sólo así podremos hacer frente a las dificultades de la vida. Es una posición que nos permite vivir tranquilos y confiados en nuestras propias fuerzas. Es una actitud que nos permite no cambiar nada en nosotros y nos hace creer que poseemos siempre la verdad; nos lleva a pensar que son los demás los que están equivocados y deberían cambiar, para asemejarse un poco a nosotros. Para querer cambiar hace falta mucha humildad y eso no es tan fácil. Hace poco leí una frase que nos muestra el camino que abre la verdadera humildad: *"Lo hermoso de la humildad es que abre la puerta de nuestra mente y de nuestro corazón al aprendizaje y la transformación. Sobre todo porque nos permite partir de la base de que no sabemos, pero que estamos dispuestos a aprender"*<sup>1</sup>. Sin humildad no hay cambio, porque pensamos que lo hacemos todo bien y no nos hace falta cambiar nada. El paso de los años nos puede convencer de que todo lo que hacemos está bien. **Nos acostumbramos a nuestros métodos y sentimos que no hace falta hacer nada nuevo.**

**El envejecimiento puede acabar con el deseo de aprender.** Cuando sucede, dejamos de creer en nuevas formas y dudamos de otros métodos diferentes de aquellos que ya hemos probado con éxito. Cuando nos envejecemos empezamos a gritar que no pensamos cambiar y que los demás tienen que aceptarnos tal y como somos. Hoy suplicamos que se nos regale un corazón humilde, con la capacidad para descubrir todo lo que hay en nosotros que puede ser mejor. Un corazón joven siempre está dispuesto al cambio y no se conforma nunca, ve el ideal y quiere más, no le basta con lo que ya ha conseguido. Cuando somos humildes entendemos que siempre podemos aprender de los demás, sin importar la edad y sin importar de quién estamos aprendiendo. Un corazón joven y humilde no se protege, no se defiende, siempre está abierto a la crítica porque sabe que está en camino y que aún le queda mucho por aprender. No defiende su posición con pasión, no piensa que su situación es perfecta e inmodificable. Se abre a las opiniones de los demás y desea mejorar. No obstante, **reconocemos lo difícil que resulta**

---

<sup>1</sup> Borja Villaseca, El principito se pone la corbata, 75

cambiar; más aún cuando estamos convencidos de que estamos bien; cuando creemos que son los demás los que deben mejorar y no nosotros.

**LA HUMILDAD ES LA LLAVE DE OTROS CORAZONES.** Lo sabemos bien, la vanidad y el orgullo, la prepotencia y la soberbia, son las actitudes que alejan a los demás de nosotros. Ante una persona que se siente superior o que nos hace sentir inferiores, nos es difícil permanecer con libertad y ser nosotros mismos. Las personas perfectas, que lo hacen todo bien, crean, casi sin darse cuenta, un muro que aleja a los demás. La perfección aleja, porque se convierte en un ideal inalcanzable. Por el contrario, cuando más pequeños nos mostramos ante el mundo, llegamos a ser más poderosos. Ya lo dice el *Eclesiástico 3,18*: “*Cuánto más grande seas, humíllate más en todo y ante el Señor hallarás gracia*”. Y comenta el Beato **Carlos de Foucauld**: “*Aprended a haceros pequeños para ganar a los otros, aprended a no temer descender, a perder vuestros derechos cuando se trata de hacer el bien, a no creer que, por el hecho de abajaros, os es imposible hacer el bien.*” Porque cuando somos pequeños, nadie tiene miedo de estar en nuestra presencia, nadie se siente inferior a nuestro lado, ni amenazado por nuestra superioridad, a nadie le incomodan nuestros fracasos ni nuestros éxitos. **La humildad es un regalo de Dios que deberíamos implorar cada mañana.**

**Lo cierto es que las personas humildes crean hogar, acogen y dignifican a los que les rodean.** Ante las personas que son humildes podemos ser tal como somos; podemos mostrarnos en nuestra debilidad y dar a conocer lo que más nos cuesta aceptar en nuestra vida, sin miedos y sin mentiras. Podemos mostrar nuestra pobreza, exhibir nuestros fracasos y no experimentaremos ni el reproche ni el rechazo. La humildad es la llave que abre los corazones. Es el puente que tendemos hacia los demás. **¿Por qué nos cuesta tanto ser humildes? ¿Por qué queremos quedar siempre por encima, sobresalir y ser admirados o tomados en cuenta gracias a nuestros éxitos?** La humildad, que es la llave de los corazones y allana las dificultades en los vínculos, nos parece una meta demasiado lejana e inalcanzable. Y muchas veces poco deseable. Sabemos las ventajas que tiene ser humildes y, sin embargo, una y otra vez pecamos de orgullo. Discutimos y nos distanciamos de personas a las que queremos, por no dar nuestro brazo a torcer, por no querer ceder, por evitar que nuestro orgullo sea herido. Es tan fuerte el deseo de valer, que se abre paso por encima de nuestro deseo más profundo, el deseo de amar y ser amados. Las grandes crisis en nuestras relaciones, en los vínculos familiares, surgen por el orgullo. Las barreras crecen y las distancias se agrandan por nuestro orgullo, porque no estamos dispuestos a ceder, porque no soportamos la humillación. **Muchas relaciones fracasan por esa falta de humildad en la entrega, por no querer servir con corazón humilde, por pretender ser más de lo que realmente somos.**

**LA HUMILDAD NOS LLEVA A BESAR LA VERDAD DE NUESTRA VIDA.** Se nos olvida que somos de barro y que la pobreza es el adorno de nuestra casa. Es pobre nuestro corazón, pero, al mismo tiempo, es el lugar en el que Dios prefiere para habitar: “*Preparaste, oh Dios, casa para los pobres. Los justos se alegran, gozan en la presencia de Dios, rebosando de alegría. Cantad a Dios, tocad en su honor; su nombre es el Señor. Padre de huérfanos, protector de viudas, Dios vive en su santa morada. Dios prepara casa a los desvalidos, libera a los cautivos y los enriquece. Derramaste en tu heredad, oh Dios, una lluvia copiosa, aliviaste la tierra extenuada; y tu rebaño habitó en la tierra que tu bondad, oh Dios, preparó para los pobres*”. *Sal 67, 4-5ac. 6-7ab. 10-11.* Nuestra pequeñez nos acerca a Dios, aunque pensamos que debería ser justo al contrario. La belleza de nuestra debilidad es lo que Dios más admira. Nuestros méritos no nos hacen más dignos del amor de Dios. El corazón de Dios se abaja ante un corazón pequeño y humilde, que se sabe necesitado de su presencia salvadora. Nuestra pequeñez abre su insonable misericordia. **Ante Él sólo vale un espíritu humilde, el espíritu que reconoce su verdad, la acepta con un corazón sencillo y se la entrega a Dios.**

**Nuestro corazón ha de ser un corazón humilde y abierto a su verdad.** Sabemos que la verdad nos hace libres. Sabemos también que conocer nuestra verdad, cómo somos, de qué barro estamos hechos, nos hace más humildes. Al ver la grandeza de Dios y su incomparable misericordia, vemos nuestra debilidad y nuestra grandeza, y aceptamos, con humildad, que somos hijos pequeños y necesitados. El corazón humilde sabe reconocer sus méritos, sus talentos, no los oculta bajo la apariencia de una falsa modestia. Se alegra en sus triunfos, los reconoce como don de Dios y avanza por el camino con humildad, sabiendo que todo lo que tiene es un regalo de Dios en su vida. El corazón humilde no se engríe en sus éxitos, los considera sólo un medio de Dios para vencer en otros corazones. **El corazón humilde no teme el fracaso ni el olvido, porque sabe que Dios está enamorado de su verdad más íntima, de su corazón único y frágil.**

**LA HUMILDAD NOS HACE ANHELAR EL ÚNICO HONOR DE SER LOS MÁS AMADOS POR DIOS.** De nada valen los primeros puestos, ni los grandes honores. Queremos ser los santos amados por Dios en nuestra pequeñez: *“Vosotros no os habéis acercado a un monte tangible, a un fuego encendido, a densos nubarrones, a la tormenta, al sonido de la trompeta; ni habéis oído aquella voz que el pueblo, al oírla, pidió que no les siguiera hablando. Vosotros os habéis acercado al monte de Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, a millares de ángeles en fiesta, a la asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios, juez de todos, a las almas de los justos que han llegado a su destino y al Mediador de la nueva alianza, Jesús”*. Hebreos 12, 18-19. 22-24<sup>a</sup>. Para ello necesitamos un corazón que sirva con humildad, como el de los santos, como el de María. Decía **Juan Pablo II** sobre María: *“Servir quiere decir reinar. María ha sido la primera entre aquellos que sirviendo a Cristo también en los demás, conducen en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar”*<sup>2</sup>. María es la esclava del Señor, y, en su pequeñez, reina. Nos cuesta entender esa forma de reinar desde la pobreza. Estamos acostumbrados a otros honores y a otra forma de reinar. María, como su Hijo, reina sirviendo. **Así nosotros sólo reinamos con Cristo y María, cuando servimos con un corazón pobre y humilde.**

**LA HUMILDAD NOS LLEVA ENTONCES A DARNOS SIN ESPERAR NADA A CAMBIO.** Así lo dice el Señor: *“Y dijo al que lo había invitado: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos. »* Lucas 14, 1. 7-14. **¿Cuál es la intención que mueve nuestro corazón? ¿Qué esconden nuestro servicio y nuestra entrega aparentemente desinteresados?** Muchas veces no es pura la intención que mueve nuestra entrega. Buscamos recompensa al darnos, al entregar algo en nuestra vida. La verdadera humildad busca el bien del otro sin buscar su propia gloria. Sólo reinamos con Dios cuando servimos sin esperar nada a cambio, cuando no nos buscamos al amar. Los santos nos han enseñado el camino. Pero, ¡qué difícil resulta amar y servir sin esperar nada! El protagonista de la película *“A prueba de fuego”* le preguntaba a su padre: *“¿Cómo le puedo mostrar amor a alguien que constantemente, una y otra vez, me rechaza?”* Y su padre le responde: *“No puedes amarla, porque no puedes dar lo que no tienes. Dios te ama aunque no te lo merezcas, aunque lo rechaces”*. En definitiva, es el amor de Cristo en nosotros el que nos capacita para amar. **Servir y amar de esa forma es obra de Dios en nuestra vida, en ese corazón orgulloso que se hace humilde en las manos de Dios.**

**Pero, para poder dejar que Dios habite en nosotros, debemos buscarlo con un corazón humilde.** S. Agustín, a quien hemos celebrado esta semana, exclamaba al encontrarse con el Señor: *“Tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deformé como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba*

---

<sup>2</sup> Juan Pablo II, Encíclica Redemptoris Mater, marzo 1987, nº 41

*contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Gusté de ti y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste y deseé con ansia la paz que procede de ti*<sup>3</sup>. Para vivir con humildad es necesario que Dios reine en nuestra pequeñez, en nuestro corazón. El corazón necesita experimentar esa necesidad de Dios en su indigencia. Necesitamos buscarlo en nuestro interior, en la soledad que tanto nos cuesta. Necesitamos mirarnos y profundizar, y no vivir superficialmente. Necesitamos el silencio interior, esa paz en la que es posible encontrarnos con Dios vivo y presente en nuestra historia personal.

**LA HUMILDAD NOS HACE BUSCAR LOS ÚLTIMOS LUGARES, NO LOS PUESTOS DE HONOR.** Así es como lo explica el Señor: *“Un sábado, entró Jesús en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiando. Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso esta parábola: «Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convocado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que os convocó a ti y al otro y te dirá: «Cédele el puesto a éste.» Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convocó, te diga: «Amigo, sube más arriba.» Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»* Buscar los últimos lugares es la actitud del que se humilla y sólo espera un día ser ensalzado por Dios en el cielo, en ese abrazo eterno de su amor. Sabemos que la felicidad no nos la da el honor reconocido, ni la alabanza, ni el primer puesto en ningún banquete. Ya lo dice **S. Juan Crisóstomo**: *“El ambicioso de honor nunca obtiene lo que desea, sino que sufre repulsa y, buscando el modo de obtener muchos honores, nunca llega a ser honrado”*. El verdadero honor no nos lo dan los primeros puestos en las fiestas, ni el reconocimiento del mundo, ni la admiración de los que nos rodean. Esa felicidad momentánea pasa y nos deja vacíos. Esos lugares destacados se olvidan rápidamente. Lo único que permanece para siempre es el amor. **El amor entregado sin esperar recompensa, ni gratitud, ni alabanzas. Es el amor generoso del corazón humilde que sólo busca a Dios.**

**LA HUMILDAD, EN DEFINITIVA, ES FUENTE DE UNA ALEGRÍA VERDADERA.** Aquel que posee un corazón humilde nada teme y vive con paz. Porque no tiene que defender ni su fama, ni su nombre, ni su prestigio. Un corazón humilde se alegra con la vida y disfruta los regalos de cada día. Un corazón así no se compara nunca y no sufre, no se deja envenenar nunca con pensamientos negativos; disfruta al ver los talentos de los que le rodean. Un corazón humilde se alegra en Dios, en su Padre, que lo ha creado y le ha dado todo lo que tiene. Un corazón humilde se alegra con los hermanos, sin entrar en comparaciones ni rivalidades. Disfruta con los éxitos de los demás y acompaña el dolor de sus fracasos. Lo decía el **P. Kentenich**: *“Si me hace feliz poner mi pensamiento en el Padre, y si me resulta tan sencillo y natural descubrir al Padre en todas partes, me resultará igualmente natural sentirme feliz de entregarme a mis hermanos, a aquellos que son, junto conmigo, hijos de un mismo Padre”*<sup>4</sup>. Un corazón alegre en el Señor, regala esa alegría y esa paz con facilidad a los demás. El corazón humilde reposa en sí mismo y no busca fuera la felicidad que logra encontrar en su interior. Así lo comenta **S. Francisco de Asís**: *“Por los caminos marchad humildemente y con modestia. En estricto silencio y rogando a Dios en vuestros corazones. El hermano cuerpo es la celda del alma. Y si el alma está inquieta en la celda que Dios le ha dado, no ha de encontrar reconocimiento en ninguna celda hecha por manos de hombre”*. El corazón humilde reposa en sí mismo. Se acepta como es sin pretender lo que no posee. Descansa sin anhelar lo que no puede llegar a ser. **Vive en su alma como en ese hogar interior que Dios le ha regalado y allí descubre la paz verdadera.**

---

<sup>3</sup> S. Agustín, libro de las Confesiones

<sup>4</sup> J. Kentenich, Lunes por la tarde, T. 21, 195